

Hubo un hombre llamado Juan, a quien Dios envió como testigo para que diera testimonio de la luz y todos creyeran por lo que él decía. Juan no era la luz, sino enviado a dar testimonio de la luz. Este es el testimonio de Juan, cuando las autoridades judías enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle a Juan quién era él. Y él confesó claramente: “Yo no soy el Mesías”. Le volvieron a preguntar: “¿Quién eres, pues? ¿El profeta Elías?” Juan dijo: “No lo soy”. Ellos insistieron: “Entonces, ¿eres el profeta que ha de venir?” Contestó: “No”. Le dijeron: “¿Quién eres, pues? Tenemos que llevar una respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué nos puedes decir de ti mismo?”

Juan les contestó: “Yo soy una voz que grita en el desierto: ‘Abran un camino derecho para el Señor’, tal como dijo el profeta Isaías”. Los que fueron enviados por los fariseos a hablar con Juan, le preguntaron: “Pues si no eres el Mesías, ni Elías ni el profeta, ¿por qué bautizas?” Juan les contestó: “Yo bautizo con agua; pero entre ustedes hay uno a quien no conocen, que viene después de mí. Yo ni siquiera merezco desatarle la correa de sus sandalias. Todo esto sucedió en el lugar llamado Betania, al otro lado del río Jordán, donde Juan estaba bautizando (Juan 1, 6-8.19-28).

En los textos bíblicos de este domingo [Isaías 61, 1-2.10-11; Magníficat o Alabanza de María (Lucas 1, 46-54); 1 Tesalonicenses 5,16-24; Juan 1, 6-8.19-28] encontramos una triple invitación: a estar siempre alegres, a reconocer al Señor que viene a nosotros y a disponernos para el encuentro definitivo con Él. Preguntémonos cómo podemos responder a tal invitación en este tiempo del Adviento, cuando ya estamos cerca de la celebración de la Navidad.

1.- Una invitación a estar siempre alegres en Dios, nuestro salvador

La profecía del libro de Isaías en el siglo VI antes de Cristo, el canto de María Santísima - que se recita como salmo responsorial- y la primera carta de san Pablo escrita a los cristianos de Tesalónica en Grecia, hacen énfasis en la alegría como característica de la fe y la esperanza en Dios. *Desbordo de gozo y alegría en el Señor*, dice el profeta; *se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador*, exclama María; *vivan siempre alegres*, escribe Pablo, quien asimismo les haría después una exhortación similar a los cristianos de Filipos en Macedonia: *“estén siempre alegres en el Señor, les repito, estén alegres”* (Filipenses 4, 4-5).

Diciembre es un mes de alegría. Pero ¿qué clase de alegría? Para muchos, las fiestas navideñas consisten en el consumo desbocado de licor, las comilonas, la bulla. Pero ahí no está la verdadera alegría, es un gozo aparente y vacío debido a la ausencia de los valores espirituales. La alegría auténtica es aquella que surge del descubrimiento de la presencia salvadora del Señor en nuestra vida cuando acogemos con todo nuestro ser a Aquél que, tal como lo dijo el profeta, vendría a anunciar la “Buena Noticia”, a sanar, a proclamar el perdón, la libertad y el verdadero amor.

Esta Buena Noticia (que es lo que originariamente significa en griego la palabra *Evangelio*) va dirigida con preferencia a los pobres y a todos los que se reconocen necesitados de salvación. Y Dios mismo nos invita a comunicarla a nuestro alrededor, practicando la justicia e identificándonos con su amor tal como éste se nos ha manifestado en nuestro Señor Jesucristo.

2.- Una invitación a reconocer al Señor que viene a nosotros

En el Evangelio, los sacerdotes y levitas, es decir los encargados del culto en el Templo de Jerusalén, que por su oficio se supone que estaban llamados a reconocer la presencia de Dios, le preguntan a Juan el Bautista quién es -cuál es su misión-, y él les responde con una invitación a descubrir esa presencia y su acción salvadora en Jesús de Nazaret: “*entre ustedes hay uno a quien no conocen*”.

Esta misma invitación llega hoy también a nosotros. ¿Realmente reconocemos su presencia? La respuesta a esta pregunta no será correcta si no sabemos descubrirlo en quienes Él nos dijo que estaría siempre: en los pobres, en los necesitados. Por eso, para celebrar auténticamente la Navidad, nuestra conducta debe mostrar que lo reconocemos no sólo en su vida terrena hace poco más de dos mil años, no sólo en la acción de su Espíritu Santo hoy a través de la Iglesia y los sacramentos, sino también y especialmente en las personas por las que Él mostró su preferencia: los rechazados, los marginados, los desposeídos, las víctimas de la injusticia y de la violencia. ¿Qué hemos hecho, qué estamos haciendo, qué podemos y debemos hacer por ellos?

3.- Una invitación a disponernos para el encuentro definitivo con el Señor

Durante todo el Adviento, la preparación para celebrar la venida del Señor que se hizo presente en medio de la humanidad con el nacimiento de Jesús va unida a la expectativa de su llamada “segunda venida” o “venida gloriosa” al final de los tiempos. Tanto en el conjunto de las lecturas bíblicas como en los “prefacios” o introducciones a la plegaria eucarística de la consagración del pan y del vino que se convierten para nosotros en el cuerpo y la sangre del Señor, es decir en su vida entregada que se hace presente para alimentarnos y hacernos comunidad con Él y entre nosotros, aparece durante este tiempo litúrgico la unión entre la conmemoración de la primera venida de Cristo en la humildad de nuestra carne y la esperanza activa en su venida gloriosa y definitiva, que para cada uno de nosotros sucederá cuando pasemos de este mundo a la eternidad.

Tal esperanza activa consiste precisamente en comportarnos de tal modo “*que todo nuestro ser (...) se conserve sin mancha hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo*”, como escribe san Pablo en la segunda lectura. Para ello es necesario, como dice también en el mismo texto bíblico el apóstol, *orar sin cesar, no impedir la acción del Espíritu Santo, discernir para retener lo bueno y abstenerse de toda clase de mal*. Revisemos entonces cómo estamos preparándonos para que el Señor llegue a nosotros en la celebración de la Navidad que ya se acerca, y para nuestro encuentro definitivo con Él al final de nuestra vida terrena.



A los seis meses Dios envió al ángel Gabriel a un pueblo de Galilea llamado Nazaret, donde vivía una joven llamada María; era virgen, pero estaba comprometida para casarse con un hombre llamado José, descendiente del rey David. El ángel entró en el lugar donde ella estaba, y le dijo: “¡Salve, llena de gracia! El Señor está contigo”. María se sorprendió ante estas palabras y se preguntaba qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: “María, no tengas miedo, pues tú gozas del favor de Dios. Ahora vas a quedar encinta, tendrás un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será un gran hombre, al que llamarán Hijo del Dios altísimo, y Dios el Señor lo hará Rey, como a su antepasado David, para que reine por siempre sobre el pueblo de Jacob. Su reinado no tendrá fin”.

María preguntó al ángel: “¿Cómo podrá suceder esto, si no vivo con ningún hombre?” El ángel le contestó: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Dios altísimo se posará sobre ti. Por eso el niño que va a nacer será llamado Santo e Hijo de Dios. También tu parienta Isabel va a tener un hijo, a pesar de que es anciana; la que decían que no podía tener hijos está encinta desde hace seis meses, porque para Dios no hay nada imposible”. Entonces María dijo: “Yo soy la esclava del Señor; que Dios haga conmigo lo que me has dicho”. Y la dejó el ángel. (Lucas 1, 26-38).

Hoy las lecturas bíblicas se centran en el misterio de la Encarnación. En el griego bíblico el término *sarx* (carne) se emplea metafóricamente para indicar la naturaleza humana. En Jesús la Palabra o Verbo de Dios se hizo *carne*, y en este misterio se cumplió hace poco más de 20 siglos la promesa divina anunciada mil años antes de Cristo al rey David y relatada en la primera lectura (II Samuel 7, 1-16). En la segunda (Carta de san Pablo a los Romanos 16, 25-27), el apóstol invita a los primeros cristianos de Roma a recibir con fe la revelación de Dios realizada plenamente en Jesucristo. Y el Evangelio nos muestra la disponibilidad de María para que a través de ella se realizara el misterio de la Encarnación.

1.- En el misterio de la Encarnación, Dios cumple su promesa hecha al rey David

Los profetas del Antiguo Testamento habían anunciado que vendría enviado por Dios un *Mesías*, palabra que en hebreo significa *Ungido* y corresponde al término griego *Cristos*. Este Mesías o Cristo descendería del rey David, a quien Dios le había hecho una promesa por medio del profeta Natán, descrita así en la primera lectura: “*Dios el Señor lo hará Rey para que reine por siempre... Su reinado no tendrá fin*”.

En el Evangelio encontramos un eco de esta promesa, en la cual se fundaba la esperanza de los creyentes en un Dios que los libraría de las múltiples formas de esclavitud que padecían, gracias a su presencia salvadora en la historia humana, una presencia que iría mucho más allá de la que se significó antiguamente con el templo, en el que se guardaba

el arca de la alianza, o cofre que contenía los mandamientos proclamados en tiempos de Moisés para simbolizar el pacto de Dios con su pueblo.

2.- María, modelo de disponibilidad, es elegida por Dios para cumplir su promesa

En el anuncio del misterio de la Encarnación hecho a María, tal como nos lo presenta el relato del Evangelio empleando simbólicamente la figura del *ángel* o mensajero de Dios cuyo nombre *-Gabriel-* significa “*Dios se ha mostrado fuerte*”, “*mi fuerza es Dios*”, o “*Dios me ha fortalecido*”, vale destacar la actitud de María, quien precisamente confiada en la fortaleza que Dios le da y en que para Él “*nada hay imposible*”, manifiesta su completa disponibilidad para que se realice en ella lo que el Señor quiere: “*Yo soy la servidora del Señor, hágase en mí según tu palabra*”.

En este tiempo del Adviento que termina con los días inmediatamente anteriores a la fiesta de la Navidad, somos invitados también nosotros a manifestar nuestra disponibilidad para que se cumpla en nuestra vida lo que Dios quiere, dando así testimonio de su presencia liberadora y salvadora. Porque el misterio de la Encarnación de Dios no es sólo un hecho sucedido hace poco más de 20 siglos, sino un proceso iniciado desde la creación del ser humano “a su imagen y semejanza”, que si bien llega a su plenitud con la concepción de Jesús en el seno de María, con su nacimiento y con su vida entregada por nosotros en la cruz y glorificada en la resurrección continúa aconteciendo en toda persona que se abre a la Palabra de Dios y la pone en práctica.

3.- Nosotros somos invitados a proclamar la revelación encarnada de Dios en Jesucristo

Este es el contenido esencial de nuestra fe: Dios se reveló plenamente en Jesucristo, cuyo nacimiento como Dios hecho hombre nos preparamos para celebrar. En Él, como escribe san Pablo en la segunda lectura, *se ha manifestado el misterio mantenido en secreto durante siglos*, y desde entonces la misión de quienes creemos en este misterio de la Encarnación es proclamarlo con el testimonio de nuestra propia vida.

¿Estoy realmente dispuesto a recibir en mi vida la Palabra de Dios hecha carne, para que toda mi existencia sea una manifestación nuevamente encarnada de Dios en el mundo?
¿Qué he hecho y qué debo hacer para que en mi vida acontezcan nuevamente los misterios de la Encarnación y de la Navidad?

- Hay Encarnación y Navidad en nuestra vida cuando abrimos la mente y el corazón a la Palabra de Dios, escuchándola y disponiéndonos, como María santísima, a que se realice en nosotros su voluntad.
- Hay Encarnación y Navidad en nuestra vida cuando abrimos la mente y el corazón para recibir a Jesús que viene a nosotros y nos alimenta con su cuerpo y su sangre en la Eucaristía.
- Hay Encarnación y Navidad en nuestra vida cuando abrimos la mente y el corazón a nuestros prójimos, especialmente a los más necesitados, compartiendo con ellos la mesa de la creación y poniéndonos a su servicio en la búsqueda activa de una sociedad justa y en paz, en la que todos convivamos de verdad como hermanos.-



Por aquel tiempo, el emperador Augusto ordenó que se hiciera un censo de todo el mundo. Este primer censo fue hecho siendo Quirino gobernador de Siria. Todos tenían que ir a inscribirse a su propio pueblo. Por esto, José salió del pueblo de Nazaret, de la región de Galilea, y se fue a Belén, en Judea, donde había nacido el rey David, porque José era descendiente de David. Fue allí a inscribirse, junto con María, su esposa, que se encontraba encinta. Y sucedió que mientras estaban en Belén, le llegó a María el tiempo de dar a luz.

Y allí nació su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo acostó en el establo, porque no había alojamiento para ellos en el mesón. Cerca de Belén había unos pastores que pasaban la noche en el campo cuidando sus ovejas. De pronto se les apareció un ángel del Señor, y la gloria del Señor brilló alrededor de ellos; y tuvieron mucho miedo. Pero el ángel les dijo: "No tengan miedo, porque les traigo una buena noticia, que será motivo de gran alegría para todos: Hoy les ha nacido en el pueblo de David un salvador, que es el Mesías, el Señor. Como señal, encontrarán ustedes al niño envuelto en pañales y acostado en un establo." En aquel momento aparecieron, junto al ángel, muchos otros ángeles del cielo, que alababan a Dios y decían: "¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Paz en la tierra a los hombres que gozan de su favor!" (Lucas 2, 1-14).

La liturgia propone para esta fiesta cuatro misas, cada una con diferentes lecturas: para el 24 de diciembre la Vespertina de la Vigilia, y para el 25 la de Medianoche, la de la Aurora y la del Día. En mi siguiente reflexión me referiré sólo a las lecturas señaladas para la de Medianoche, que suele celebrarse desde el 24 en la tarde: Isaías (9, 1-3.5-6), Carta del apóstol san Pablo a Tito (2, 11-14) y Evangelio según san Lucas 2, 1-14.

1. La relación de la fiesta de la Navidad con el símbolo de la luz

La Biblia no señala la fecha exacta del nacimiento de Jesucristo y durante los primeros tres siglos de la era cristiana la Iglesia no dedicó un tiempo especial a la celebración de la Navidad. Sólo desde el siglo IV, cuando el cristianismo fue establecido como religión oficial en el imperio romano a partir de la conversión del emperador Constantino, se empezó a celebrar una festividad cristiana con liturgia especial la noche del 24 y durante el día 25 del último mes del año para proclamar al niño Jesús nacido en el pesebre de Belén como la Luz del mundo, en lugar de la fiesta pagana que se dedicaba al "nacimiento del sol invicto" con motivo del solsticio de invierno.

Este es el sentido que desde nuestra fe le damos los cristianos al anuncio profético del llamado "tercer Isaías": "*El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras y una luz les brilló*". Lo que esta profecía proclamaba refiriéndose al regreso de los israelitas de su destierro en Babilonia en el año 538 antes de Cristo, nosotros lo aplicamos a la manifestación visible de Dios hecho hombre como nuestro Salvador, iniciada con el acontecimiento de la Navidad hace poco más de dos mil años, y que hace posible la justicia y la paz en la medida en que acogamos su *buena noticia*.

2. “Y esta es la señal: ... un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”

La primera vez que aparece en el texto del Evangelio según San Lucas el término “*buena noticia*” -que es lo que precisamente significa la palabra “*evangelio*”-, se refiere al nacimiento de Jesús. Se trata de un anuncio gozoso que no sólo se expresa con una alabanza a Dios, sino que implica además una bendición para todos los seres humanos que lo reciban con fe, y por ello tiene en la fiesta de la Navidad un significado especial el himno litúrgico del inicio de la celebración eucarística: *Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres que ama el Señor*.

Hay además en el relato evangélico de Lucas un detalle muy significativo: la *señal* por la que puede verificarse la realización de esa buena noticia es un niño envuelto en pañales y acostado en un establo. En otras palabras: al Dios que ha venido a salvarnos no hay que buscarlo en las alturas inaccesibles -no obstante la exclamación *Gloria a Dios en el cielo*-, sino en la realidad cercana de lo humano, porque Él mismo ha asumido nuestra propia naturaleza para redimirla. Y no se le encuentra en medio del lujo y la fastuosidad de los palacios, sino en la pobreza, humildad y sencillez de un pesebre.

En este fin del año, y mientras nos preparamos para recibir el año nuevo, démosle un sentido auténticamente cristiano a la celebración del Nacimiento del Niño Jesús. Así como para su santísima madre la virgen María, la sencilla campesina de Nazaret, y para su padre nutricio, el humilde carpintero san José, *no hubo alojamiento* -como nos lo cuenta el relato bíblico- y tuvo el Hijo de Dios que nacer en una pesebrera, también hoy para muchas hermanas y muchos hermanos nuestros no hay un lugar donde puedan vivir dignamente y tienen que arreglárselas con sus familias -en especial con sus niños y niñas- en condiciones de pobreza extrema o absoluta. En ellos se manifiesta actualmente la presencia de Jesús, el mismo de quien al final de los tiempos escucharemos estas palabras: *Todo lo que ustedes hicieron por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hicieron*” (Mateo 25, 40).

3. “Una vida sobria, honrada y religiosa, aguardando la dicha que esperamos”

La celebración de la Navidad no debe quedarse para nosotros en una mera contemplación. Debe llevarnos también al compromiso de una existencia vivida de acuerdo con el plan salvador de Dios, que implica una conducta coherente con nuestra fe en Él. Esto es lo que nos dice san Pablo en la segunda lectura, tomada de su Carta a Tito, uno de sus colaboradores en la proclamación de la buena noticia *para todos los hombres*.

Por eso mismo, si nos unimos para dar gloria a Dios en el cielo y desear la paz para toda la humanidad, llevemos esta manifestación a la práctica, como dice el Apóstol, a través de nuestras *buenas obras*. Sólo así seremos el *pueblo purificado* al que él apóstol se refiere y nos dispondremos para la *aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro: Jesucristo*. Es decir, para nuestro encuentro definitivo con él en la eternidad. Que así sea.



En aquel tiempo, cuando se cumplieron los días en que ellos debían purificarse según la ley de Moisés, llevaron al niño a Jerusalén para presentárselo al Señor. Lo hicieron así porque en la ley del Señor está escrito: "Todo primer hijo varón será consagrado al Señor." Fueron, pues, a ofrecer en sacrificio lo que manda la ley del Señor: un par de tórtolas o dos pichones de paloma. (...) Después de haber cumplido con todo lo que manda la ley del Señor, volvieron a Galilea, a su propio pueblo de Nazaret. Y el niño crecía y se hacía más fuerte, estaba lleno de sabiduría y gozaba del favor de Dios. (Lucas 2, 22-40).

La Iglesia nos invita este domingo inmediatamente posterior a la celebración del nacimiento de Jesús, a meditar sobre la Sagrada Familia compuesta por Él, María y José. Detengámonos en algunos aspectos que nos presentan los textos bíblicos correspondientes, y tratemos de aplicarlos a nuestra vida, cuando en este tiempo de Navidad cobra especial importancia el sentido de las relaciones familiares.

1. María y José presentan al niño Jesús en el Templo y se van con él a Nazaret

En este relato del evangelista Lucas cabe destacar tres aspectos significativos:

- El acatamiento a la Ley de Moisés en el contexto religioso de Israel, que ordenaba a los padres consagrar a Dios a su primer hijo varón, presentándolo en el Templo de Jerusalén a los 40 días de su nacimiento. Junto con esta presentación se realizaba un rito de purificación que correspondía a la costumbre de considerar que quienes habían tenido un hijo quedaban contaminados después del embarazo y el parto. Aun tomando en cuenta estos ritos como un símbolo religioso de la época, ni María ni José necesitaban ser purificados de contaminación alguna, pero cumplen con la ley como israelitas piadosos. Tampoco el niño Jesús necesitaba ser ritualmente consagrado a Dios, pues era Dios mismo hecho hombre, pero el hecho de haberlo llevado María y José al Templo para presentárselo al Creador, fue un signo premonitorio de lo que iba a ser su ofrenda redentora al Padre Celestial en el altar de la cruz.

- En el relato evangélico de la presentación de Jesús en el Templo se destaca un detalle muy significativo: la ofrenda de dos tórtolas o pichones de paloma que llevaron María y José al Templo era la propia de los pobres, pues a las personas acomodadas o ricas les estaba ordenado ofrecer una oveja o una cabra, según lo prescrito al respecto en el libro del Levítico (5, 5-7) del Antiguo Testamento. Una muestra más de lo que quiere resaltar el Evangelio de Lucas: la condición humana que quiso tomar Dios hecho hombre en Jesús fue precisamente la de los pobres, y por eso la Sagrada Familia, modelo de toda familia humana, es una familia humilde y sencilla.

- Y el establecimiento de la Sagrada Familia en la pequeña aldea de Nazaret, en la región de Galilea, al norte de Israel. De allí habían partido hacia Belén María y José para obedecer el edicto del censo ordenado 40 días antes por el emperador Octavio César

Augusto. Ahora regresan con su hijo recién nacido, que se desarrollará en el seno de una familia campesina, aprendiendo de José el oficio de carpintero y formándose como un trabajador fuerte y vigoroso, pero asimismo inteligente y lleno de sabiduría, no sólo la divina que tenía como Dios, sino también la humana, adquirida durante 30 años gracias a la formación que seguramente le hicieron posible sus padres, no obstante la pobreza y sencillez en que vivían.

2. Honra a tu padre y a tu madre

Tanto la 1ª lectura, tomada de un libro del Antiguo Testamento escrito hacia el año 180 a. C. y llamado de Ben Sirac o *Eclesiástico* (3, 3-7.14-17 a), como la 2ª, de la carta escrita entre los años 57 y 62 d. C. por san Pablo a la comunidad de los Colosenses (3, 12-21), habitantes de la pequeña población de Colosas, en el Asia Menor, nos recuerdan el cuarto mandamiento de la Ley de Dios: “*Honrarás a tu padre y a tu madre*”.

Ahora bien, en la 2ª lectura encontramos un detalle interesante: la exhortación de Pablo a los padres a que traten a sus hijos como personas que merecen respeto (“*padres, no exasperen a sus hijos*”), tiene una actualidad especial en nuestro país, donde la violencia intrafamiliar -en especial el maltrato infantil- es una de las manifestaciones más frecuentes de la injusticia social. Así, pues, el cuarto mandamiento de la Ley de Dios no es sólo para los hijos con respecto a sus padres. Implica también que éstos sepan ganarse el respeto de sus hijos, con el testimonio de su ejemplo de buen trato.

3. La Sagrada Familia y la auténtica familia cristiana

La segunda lectura nos presenta también todo un programa para la realización de la vida familiar. Resalta en este programa la disposición a la comprensión y al perdón, indispensable para la armonía entre esposos y entre padres e hijos. Es en el seno de la familia donde se aprende a pedir perdón y a perdonar, con todo lo que ello implica en términos de reconciliación y a la vez de disposición a enmendarse y reparar los males causados. Si no existe en el hogar esta experiencia, muy difícilmente se darán después en la persona las disposiciones necesarias para contribuir a la convivencia pacífica.

Pero además el texto bíblico nos presenta una doble referencia a la “*Acción de Gracias*”, término que corresponde en griego a la palabra *Eucaristía*. La Misa de los domingos y días festivos debe ser constante en la vida familiar, además de la oración diaria en familia, a la hora compartir el alimento, dándole gracias al Señor por él y pidiéndole que nos disponga a compartir lo que tenemos con los más necesitados.

Dispongámonos entonces a participar en familia y con la debida frecuencia en la celebración del sacramento de la Eucaristía, que no sólo nos da la oportunidad a todos de escuchar en comunidad lo que nos dice el Señor en las sagradas escrituras, sino también de ser alimentados con la vida resucitada de Jesús, que nos fortalece espiritualmente para seguir el ejemplo de la Sagrada Familia.-



En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo a Belén y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que les decían los pastores. María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho. Al cumplirse los ocho días, tocaba circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Jesús, tal como lo había llamado el ángel antes de su concepción. (Lucas 2, 16-21).

1. Comenzamos el año proclamando a María Santísima como “Madre de Dios”

Madre de Dios es el título más importante que le ha dado la Iglesia a la Virgen María. En el año 431 d.C., el Concilio de Éfeso -ciudad situada en la actual Turquía, donde según la tradición vivió María después de haber sido encomendada por el Señor desde la cruz al cuidado del apóstol Juan- definió que ella es la Madre de Dios porque concibió y dio a luz a Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre.

El texto de la segunda lectura, tomada de la Carta del apóstol san Pablo a los Gálatas o primeros cristianos de Galacia -región también situada en la actual Turquía- (Gálatas 4, 4-7), se refiere al Hijo de Dios como “nacido de una mujer” para que también nosotros fuéramos hechos hijos del mismo Dios y pudiéramos llamarlo, movidos por el Espíritu Santo, como lo hacía Jesús: “*abba*”, que en arameo significa literalmente *papá*. Nadie había llamado antes así a Dios; lo hizo Jesús precisamente para mostrarnos quién es Aquél cuyo amor infinito Él mismo nos reveló y al que nos invita a reconocer también como *Padre Nuestro* en la oración que les enseñó a sus primeros discípulos.

También a María el Concilio Vaticano II (1962-1965) la proclamó *Madre de la Iglesia*, porque al ser madre del Hijo de Dios hecho hombre, lo es espiritualmente de todos los hombres y mujeres que por el bautismo hemos sido incorporados a esta comunidad de fe como hijos de Dios. Por eso podemos decirle no sólo *Santa María, Madre de Dios*, sino también *Madre nuestra*.

2. Comenzamos el año invocando el nombre de Jesús como Dios Salvador

El Evangelio de hoy (Lucas 2, 16-21) indica que los hebreos varones recibían su nombre en el rito de la circuncisión a los ocho días de nacidos. Así sucedió con el Niño Jesús, cuyo nombre, como se explica en los relatos de anunciación a María y José, significa *Dios salva*. En hebreo, el nombre con el que Dios se había revelado doce siglos antes a Moisés -*Yahvé*, que significa *Yo soy*-, está contenido en el de *Jesús* (*Yo soy el que salva*).

A ejemplo de María, que como nos dice el Evangelio, *conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón*, y con la actitud de las gentes sencillas que saben acoger la presencia salvadora de Dios, al invocar a Jesús como Dios mismo que nos salva renovemos nuestra fe iniciando el nuevo año en su nombre, para que la acción sanadora y santificadora de su Espíritu se realice plenamente en todos y cada uno de nosotros, en

nuestros hogares y familias, en nuestros lugares de trabajo, en todos los ámbitos de nuestra vida y de nuestras relaciones humanas.

3. Comenzamos el año implorando la paz como don de Dios a la humanidad

Con la evocación del cántico de alabanza y de bendición asociado al misterio de la Navidad -“Gloria a Dios en el cielo y *paz en la tierra a los hombres que ama el Señor*” (Lucas 2,13)-, que actualiza y da su pleno sentido a la fórmula bíblica de bendición del Antiguo Testamento contenida en la primera lectura (Números 6, 22-27), la Iglesia celebra en el primer día de cada año de la era cristiana la Jornada Mundial de Oración por la Paz, para la cual el Papa escribe a su vez anualmente un Mensaje Pontificio. Este mensaje, relacionado cada vez con un tema específico de reflexión y de oración, puede encontrarse disponible bajo ese mismo título en Internet. Invito a los lectores a buscarlo en la red y a leerlo atentamente, como una exhortación a contribuir en la construcción de la paz, para que la disposición de hacerlo en cuanto podamos sea uno de los propósitos de este nuevo año que comienza.

Al iniciar pues este nuevo año, pidámosle al Señor el don de la paz y dispongámonos a hacer lo que nos corresponde para que este don llegue efectivamente a cada uno de nosotros y a toda la humanidad: paz en los corazones, desarmando nuestros espíritus; paz en los hogares, haciendo de cada familia un lugar de convivencia constructiva; paz en nuestro país y en el mundo, como fruto del reconocimiento de la dignidad y de los derechos de todas las personas y de una sincera voluntad de reconciliación.

Compartamos nuestros deseos de paz con la fórmula de bendición contenida en la primera lectura bíblica de la liturgia del 1 de enero:

*Que el Señor te bendiga y te guarde;
que el Señor ilumine su rostro sobre ti y te sea propicio;
que el Señor te muestre su rostro y te conceda la paz.*



Jesús nació en Belén, un pueblo de la región de Judea, en el tiempo en que Herodes era rey del país. Llegaron por entonces a Jerusalén unos sabios del Oriente que se dedicaban al estudio de las estrellas, y preguntaron: -¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos salir su estrella y hemos venido a adorarlo. El rey Herodes se inquietó mucho al oír esto, y lo mismo les pasó a todos los habitantes de Jerusalén. Mandó el rey llamar a todos los jefes de los sacerdotes y a los maestros de la ley, y les preguntó dónde había de nacer el Mesías.

Ellos le dijeron: -En Belén de Judea; porque así lo escribió el profeta: “En cuanto a ti, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre las principales ciudades de esa tierra; porque de ti saldrá un gobernante que guiará a mi pueblo Israel.” Entonces Herodes llamó en secreto a los sabios, y se informó por ellos del tiempo exacto en que había aparecido la estrella. Luego los mandó a Belén, y les dijo: “-Vayan allá, y averigüen todo lo que puedan acerca de ese niño; y cuando lo encuentren, avísenme, para que yo también vaya a rendirle homenaje”. Con estas indicaciones del rey, los sabios se fueron. Y la estrella que habían visto salir iba delante de ellos, hasta que por fin se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño. Cuando los sabios vieron la estrella, se alegraron mucho. Luego entraron en la casa y vieron al niño con María, su madre; y arrodillándose, le rindieron homenaje. Abrieron sus cofres y le ofrecieron oro, incienso y mirra. Después, advertidos en sueños de que no debían volver a donde estaba Herodes, regresaron a su tierra por otro camino. (Mateo 2, 1-12).

1. La “Epifanía” es una manifestación de la universalidad del reino de Dios

La fiesta que en el lenguaje popular se conoce como de los “Reyes Magos”, cuya fecha tradicional es el 6 de enero, recibe en la Iglesia el nombre oficial de *Epifanía del Señor*, y en Colombia, como también en otros países, viene desde hace algún tiempo celebrándose litúrgicamente el domingo que le sigue al primer día del año cristiano.

El vocablo griego *epi-fanía* significa “super-manifestación”, y la liturgia lo aplica a Jesús para expresar que en Él se manifiesta el cumplimiento de la promesa de un enviado de Dios como *Ungido* (*Mesías* en hebreo, *Cristos* en griego) que vendría al mundo para establecer su Reino de justicia y de paz, y que iba a ser reconocido como Señor por todas las naciones.

Así lo había predicho el libro de Isaías unos cinco siglos antes en el texto bíblico de la primera lectura (Isaías 60, 1-6), de acuerdo con el sentido más profundo del Salmo 72 (71), que se recitaba en la ceremonia de entronización de los reyes descendientes de David. Y este mismo es el sentido de lo que dice el apóstol san Pablo en la segunda lectura, tomada de su carta a los primeros cristianos de la ciudad de Éfeso en el Asia Menor -actualmente la nación de Turquía- (Efesios 3, 2-6), al referirse a los *gentiles* -es decir, los que no pertenecen a la raza judía- como igualmente destinatarios de la acción salvadora de Dios en persona por medio de su Hijo Jesucristo.

2. El significado de los “sabios del Oriente” y la estrella

El texto del Evangelio (Mateo 2, 1-12) no es un relato estrictamente histórico. Pertenece a un género literario llamado en hebreo *midrash*: una narración simbólica con el fin de presentar una enseñanza. El lenguaje tradicional cristiano se refiere a este relato como el de los “tres reyes magos”. Sin embargo, el texto evangélico no dice que eran reyes, ni que eran magos -en el sentido que nosotros le damos a este término-, ni que eran tres -aunque tres son los dones que ofrecen-, ni cuáles eran sus nombres, razas o nacionalidades -aunque se indica que eran unos sabios que venían de Oriente-. Su significado es el de una invitación a reconocer la *epi-fanía* o super-manifestación del inicio del reinado universal de Dios en la tierra desde el comienzo de la vida humana de Jesús.

Los nombres de Gaspar, Baltasar y Melchor, mencionados en un Evangelio apócrifo (no reconocido oficialmente por la Iglesia), escrito en el siglo II d.C. y atribuido al apóstol Bartolomé, aparecieron en un Códice de la Biblioteca de París entre los siglos V y VII después de Cristo. Sus distintas razas les fueron atribuidas en el siglo XVI, en relación con los hijos de Noe: Sem, antepasado originario de los asiáticos, es representado por Gaspar; Cam, antepasado originario de los africanos, es representado por Baltasar; y Jafet, antepasado originario de los europeos, es representado por Melchor.

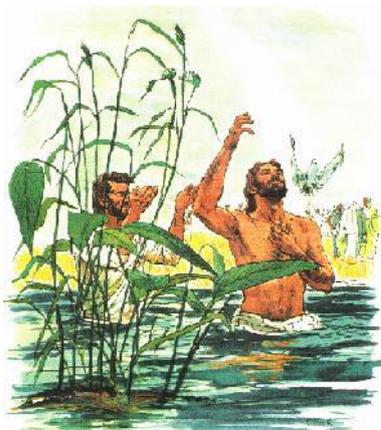
La estrella se ha explicado de diferentes maneras. El científico astrónomo Johannes Keppler dijo en 1606 que fue un fenómeno astronómico debido a la conjunción de la Tierra con Saturno y Júpiter. Para la Iglesia, más allá de las especulaciones astronómicas, se trata de un símbolo de la luz divina que guía a todos los pueblos para que reconozcan en Jesús al Señor del universo.

3. El significado de los dones ofrecidos a Jesús

Además de anunciar simbólicamente lo que ocurriría en el transcurso posterior de la historia de la humanidad, cuando los poderosos y los sabios de este mundo se postrarían para reconocer y adorar en el humilde niño Jesús al Rey del Universo, los dones de oro, incienso y mirra han sido interpretados como signos respectivamente de la realeza, la divinidad y la humanidad de Jesús.

En efecto, con el oro mostraban los reyes su soberanía, con el incienso se expresaba la adoración a Dios, y con la mirra -empleada en los ritos funerarios orientales para embalsamar los cuerpos-, se simbolizaba la humanidad mortal de Jesucristo.

Acojamos la enseñanza que nos trae el relato simbólico de la Epifanía, siguiendo como los sabios la estrella que nos conduce a reconocer en Jesús al Señor de nuestras vidas, abriéndole nuestros corazones para ofrecerle todo lo que somos y tenemos, de modo que Él reine de verdad en cada uno de nosotros y en los ambientes en los que transcurre nuestra existencia.-



En aquel tiempo, Juan el Bautista en su predicación decía: "Después de mí viene uno más poderoso que yo, a quien ni siquiera merezco agacharme para desatarle la correa de sus sandalias. Yo los he bautizado a ustedes con agua; pero él los bautizará con el Espíritu Santo." Por aquellos días Jesús salió de Nazaret, que está en la región de Galilea, y Juan lo bautizó en el río Jordán. En el momento de salir del agua, Jesús vio que el cielo se abría y que el Espíritu bajaba sobre él como una paloma. Y se oyó una voz del cielo, que decía: "Tú eres mi Hijo amado, a quien he elegido." (Marcos 1, 6-11).

Después de las fiestas de la Navidad y la Epifanía, la Iglesia nos invita este domingo, con el cual comienza el llamado "Tiempo Ordinario" de la liturgia, a contemplar los hechos y las enseñanzas de Jesús desde el inicio de su vida pública, inaugurada con su Bautismo en el río Jordán. Tratemos de descubrir el significado de este acontecimiento a la luz de los elementos narrativos que nos presenta el relato del Evangelio y relacionándolos con las otras lecturas de este domingo.

1. El bautismo: un rito que adquiere su pleno significado en Jesucristo

El verbo "bautizar" proviene del griego y significa *sumergir*. El rito del bautismo consiste originariamente en sumergirse o ser sumergida una persona en el agua, elemento imprescindible de la vida, para expresar así el paso a una existencia renovada mediante un nuevo nacimiento: así como el ser humano desde el comienzo de su existencia no puede subsistir sin el agua como medio vital, el bautismo manifiesta el paso a una vida nueva.

Juan invitaba al bautismo en el río Jordán para expresar ese paso a una vida renovada mediante la conversión, es decir mediante un cambio de mentalidad y la reorientación de la existencia hacia Dios. Jesús no necesitaba este cambio y esta reorientación, pero al querer ser bautizado por Juan indica que ha venido a hacer la voluntad de su Padre. En esto se compendia precisamente todo el programa de su vida en la tierra: hacer la voluntad de Dios, la misma que Él nos enseñó a cumplir con una disposición total expresada en la oración que nos iba a enseñar para dirigirnos a nuestro Creador: "*hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*"

Esto quiere decir que Él mismo, siendo inocente, llevaría sobre sí el pecado del mundo para cumplir la voluntad de Dios: hacernos posible el paso a una auténtica vida nueva, a imagen de la suya como Hijo de Dios.

2. "Vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él"

Al describir el Bautismo de Jesús, el Evangelio utiliza el lenguaje propio de las llamadas *teofanías* o manifestaciones especiales de Dios. En este pasaje evangélico, la imagen de la paloma evoca dos relatos simbólicos del libro bíblico del Génesis:

Por una parte, el relato de la creación, donde se dice que “*el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas*” (Génesis 1, 2). Y por otra el del diluvio universal, cuando al terminar la tempestad Noé soltó una paloma que regresó al arca con una rama de olivo en el pico (Génesis 8, 10-12), significando no sólo que después de la tempestad vino la calma, sino que recomenzaba la vida en la tierra, gracias a una nueva creación.

La figura de la paloma que se posa sobre Jesús en el momento de su bautismo, significa entonces al comienzo de una nueva creación que Dios Padre realiza por medio de Él. Una nueva creación en la cual se manifiesta la acción renovadora del Espíritu Santo, - simbolizado por la paloma-, que hará posible la paz en la existencia humana, gracias a la acción salvadora del amor de Dios. El relato del Bautismo del Señor es así una proclamación del misterio de la Santísima Trinidad.

3. “Tú eres mi Hijo amado, a quien he elegido”

La fiesta del Bautismo del Señor actualiza para nosotros la manifestación de Jesús como *Hijo de Dios*, título dado por los profetas al Mesías prometido que iniciaría el reinado de Dios mismo en los corazones de quienes estuvieran dispuestos a dejarse transformar por su acción salvadora. Tal es a su vez el sentido de la profecía de Isaías en la primera lectura: “*Este es mi servidor..., mi elegido a quien prefiero. Sobre él he puesto mi Espíritu*” (Isaías 42, 1-7).

Resalta aquí la correspondencia entre el título de Hijo de Dios y el de Siervo o Servidor del Señor. Aquél hombre nacido en Belén de Judá, proveniente de una familia humilde y sencilla residente en la pequeña aldea de Nazaret, y que en el momento de su Bautismo en el río Jordán fue proclamado Hijo de Dios, va a presentarse a sí mismo, de palabra y de obra, como quien no vino a ser servido, sino a servir. Toda su vida, desde su nacimiento en una pesebrera hasta su muerte en una cruz, es la manifestación de esta correspondencia entre su condición de Hijo de Dios y su misión de Servidor.

En efecto, Jesús iba a estar siempre en medio de los seres humanos precisamente en calidad de servidor: servidor de Dios mediante el servicio a todos los seres humanos, tal como nos lo describe el discurso del apóstol Pedro en la segunda lectura, “*fue ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo*” y “*pasó haciendo el bien*” (Hechos de los Apóstoles 10, 34-38).

También nosotros en el sacramento del Bautismo hemos recibido al Espíritu Santo, que hace posible en nuestra existencia una vida nueva como hijos e hijas de Dios para en todo amarlo y servirlo, amando y sirviendo a nuestros prójimos y participando así, en esta vida y en la eterna, en el reino de amor y de paz que quiso inaugurar nuestro Señor Jesucristo. Que esta posibilidad se haga efectiva depende de nuestra disposición a escuchar y poner en práctica sus enseñanzas, identificándonos con Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios y el Servidor por excelencia. Que así sea.-